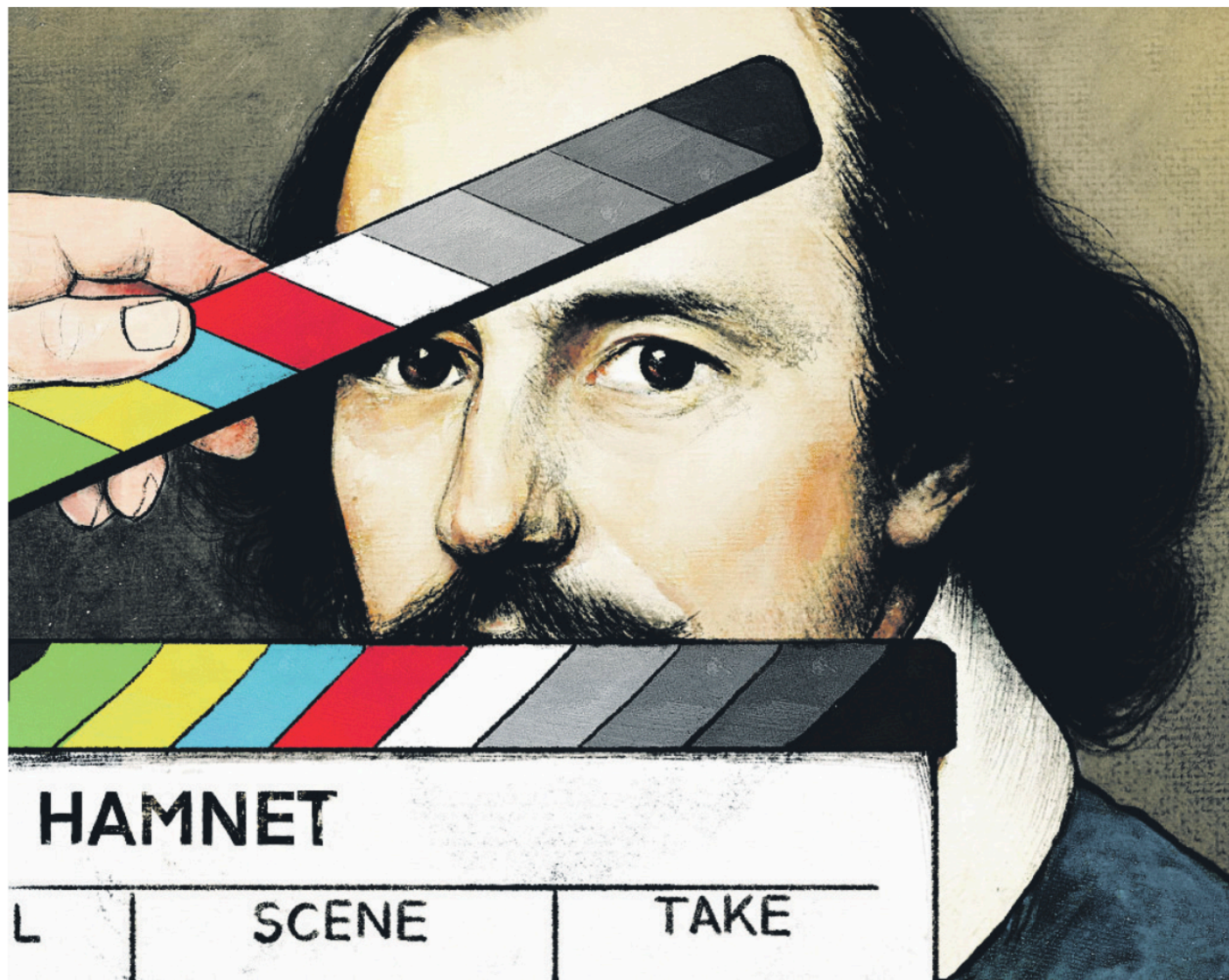


cultura **S**

Cinco novelas para entender la Venezuela actual/La obra póstuma de Frederick Forsyth/**La Sala Parés y la pintura figurativa de entreguerras**

ALBERT ASENSIO



William Shakespeare, personaje de ficción

El misterio en torno a la vida real del dramaturgo inglés ha permitido al cine concebir imaginativas versiones, como hace también el esperado próximo estreno 'Hamnet', de Chloé Zhao

MAURICIO BACH

William Shakespeare ostenta el récord de autor más adaptado al cine. Le siguen dos escritores contemporáneos muy populares: Agatha Christie y Stephen King. Dice una repetida boutade que, de haber vivido hoy, Shakespeare hubiera sido guionista o director de cine. Y otra más actualizada, que habría sido show-

runner de series. No seré yo quien les quite la razón.

Como en su época el único medio de representar enredos amorosos, batallas, conspiraciones, asesinatos, celos, culpas y dudas metafísicas era sobre un escenario, han sido otros los encargados de llevar sus obras a la pantalla. Sin ánimo de exhaustividad, Orson Welles, Akira Kurosawa, Laurence Olivier, el soviético Grigori

Kózintsev, Franco Zeffirelli, Kenneth Branagh o Julie Taymor han hecho maravillas con sus obras. Y abundan también las actualizaciones y excentricidades que convierten a sus personajes en pandilleros o exploradores espaciales. Quizá la mayor challenge sea *Grand Theft Hamlet*, estrenado en 2024, en la que dos actores decidieron escenificar *Hamlet* en el vi-

deo juego *Grand Theft Auto*.

No es de extrañar que el cine vuelva una y otra vez sobre personajes como Hamlet, Macbeth o Romero y Julieta. Ya lo apuntó Harold Bloom en *Shakespeare o la invención de lo humano*: su obra es el escaparate de todas las actitudes y emociones posibles. Y sin embargo, seguimos sabiendo poco sobre quién fue en realidad William Shakespeare. »

» Esas zonas de sombra que, pese al alud de eruditos biógrafos, todavía lo rodean han dado pie a las especulaciones y a todo tipo de teorías, incluidas algunas conspiranoicas. También el cine se ha permitido imaginar versiones hipotéticas de la vida del dramaturgo.

El próximo estreno de *Hamnet* (llegará a los cines el 23 de enero) dirigida por Chloé Zhao e inspirada en la exitosa novela de Maggie O'Farrell del mismo título (publicada por Libros del Asteroide, en castellano, y L'Altra Editorial, en catalán) es una buena excusa para trazar un recorrido por la presencia del personaje William Shakespeare en la pantalla. Dejando de lado apariciones anecdóticas o poco relevantes, hay cuatro películas que lo han retratado en diferentes momentos de su existencia.

La primera, *Shakespeare enamorado* (1998) de John Madden, fue un taquillazo, estuvo nominada a trece Oscars y ganó siete, incluido el de mejor película. Es una fantasía romántica, que imagina a un joven Shakespeare en el momento en que está escribiendo *Romeo y Julieta*. La película maneja personajes reales, pero apenas tiene anclaje alguno en la realidad. Contiene unas cuantas pifias históricas y podría haberse quedado en una comedia tontorronea, pero alza el vuelo gracias al talento de Tom Stoppard en el guion, por el que se llevó una estatuita. El guion original lo había escrito Marc Norman y circulaba por los estudios desde finales de los años ochenta. Estuvo a punto de rodarse con Julia Roberts como protagonista, pero los productores decidieron encargarle una reescritura a fondo a Tom Stoppard, uno de los gigantes del teatro británico contemporáneo, recientemente fallecido.

Su buena mano se nota, ya que logra sacarle todo el partido al juego de falsas identidades (la joven que se traviste de actor, porque las mujeres tenían prohibido subir a un escenario, y como mujer enamora al autor de la obra mientras interpreta un papel masculino). También a los cruces entre la realidad y la ficción (como cuando en un ensayo de la pelea entre Capuletos y Montescos entran en el teatro un grupo de actores rivales y la trifulca ficticia se convierte en real). Y sobre todo en el desdoblamiento de Shakespeare como amante y escritor, cuyas andanzas y entuertos en el lecho van reconfigurando la trama de *Romeo y Julieta*. Realidad y representación, la vida como teatro y el teatro como expresión de la vida.

El vínculo de Stoppard con Shakespeare va más allá de este divertimento cinematográfico y se remonta a sus inicios como dramaturgo. La pieza con la que debutó en 1966, *Rosencrantz y Guildenstern han muerto*, ponía en el centro del escenario a dos personajes secundarios de Hamlet. Convertía a los dos amigos de juventud del príncipe dubitativo en trasun-

tos de los Vladimir y Estragón de *Esperando a Godot*. El propio Stoppard dirigió –en su única incursión detrás de las cámaras– la adaptación cinematográfica de su obra, con Gary Oldman y Tim Roth en los papeles principales, por la que ganó el León de Oro en Venecia en 1990.

El siguiente protagonismo relevante de Shakespeare en pantalla se produce en *Anonymous* (2011) de Roland Emmerich. La película toma como premisa una hipótesis que durante algún tiempo gozó de cierto predicamento, incluso en círculos académicos. Partía de una duda en apariencia razonable: ¿cómo era posible que William Shakespeare, un actor de origen humilde –su padre era un artesano que hacía guantes– escribiera obras de tanta envergadura y erudición? Ya poco después de su muerte empezaron a surgir dudas sobre la autoría de sus obras. Y en el siglo XIX emergieron diversas teorías que apuntaban a la posibilidad de que Shakespeare fuera una suerte de testaferro que se limitaba a estampar su firma para encubrir al verdadero autor secreto. Uno de los presuntos genios ocultos era Edward de Vere, conde de Oxford, miembro de la corte de Isabel I y mecenas de las artes, que apadrinó al menos dos compañías teatrales y al que su posición social y vínculos políticos le impedirían develar su autoría. El largometraje, con hechas de superproducción de época, desarrolla esta última hipótesis, con De Vere como protagonista, pese a que en la actualidad ningún estudio serio avala esta hipótesis.

En 2018 llegó *El último acto*, dirigida por Kenneth Branagh, que además se da el gusto de interpretar a su idolatrado dramaturgo en su vejez. El título original, *All is true*, es mucho más ingenioso, porque en realidad sabemos muy poco de esos años finales de Shakespeare, y porque además contiene un guiño para iniciados: ese era el título alternativo de *Enrique VIII*, la última obra atribuida a Shakespeare, escrita en colaboración con John Fletcher.

La película es un acto de devoción por parte de Branagh, reputado actor shakespeariano sobre las tablas y director de cinco exitosas adaptaciones al cine de obras del dramaturgo, incluido un *Hamlet* de cuatro horas escrupulosamente fiel a la totalidad del texto original. El guionista es el comediante y novelista Ben Elton, cuyos encuentros previos con el bardo inmortal se produjeron por la vida bufa. Fue uno de los guionistas de *La Viñeta Negra* de Rowan Atkinson, que, entre otras cosas, parodiaba las tragedias

/ **'Hamnet' da más protagonismo a William que la novela de Maggie O'Farrell, que se centra en su esposa Agnes**



/ **La oscarizada 'Shakespeare enamorado' (1998) recreó al joven romántico; 'El último acto', de Kenneth Branagh (2018), al dramaturgo en su vejez**

shakespearianas e introducía en sus diálogos frases extraídas de ellas. En uno de los episodios aparecía el mismísimo Shakespeare (interpretado por Colin Firth), al que el infame Blackadder le arreaba un puñetazo y una patada porque su obra en el futuro daría pie "al *Hamlet* de cuatro horas de Kenneth Branagh". Después Elton convirtió al dramaturgo en protagonista de *Upstart Crow*, la serie cómica que creó para la BBC y que tuvo tres temporadas.

En *El último acto*, el guionista se pone serio para imaginar la vejez de Shakespeare, cuando decidió dejar Londres tras



/ **¿Los Shakespeares del cine se acercan al hombre real? Iluminan partes de su alma, pero solo son versiones ficticias del supremo creador de ficciones**

El incendio del Globe y regresar con su familia a Stratford-upon-Avon. El largometraje parte de los no muy abundantes datos contrastados que tenemos sobre ese periodo tardío en que se reunió de nuevo con su esposa y sus dos hijas. Y a partir de ahí, imagina situaciones plausibles. Por ejemplo, un reencuentro –que nunca se produjo– entre el bardo y el conde de Southampton (interpretado por Ian McKellen), que había sido su mecenas y al que había dedicado algunos poemas.

La secuencia insinúa con mucha deli-

cadeza la relación que pudo haber entre ambos hombres –el discutido asunto de la posible homosexualidad de Shakespeare–, cuando, al despedirse, Southampton recita con aire melancólico el *Soneto XXIX*, uno de los más sublimes de su antiguo protegido. Solo por esta escena compartida por dos titanes de la interpretación shakespeariana ya merece la pena ver la película. Se intuye todo sin necesidad de subrayar nada; no habría estado mal que Amenábar la tomara como modelo para *El cautivo*, su Cervantes queer, aplicando algo llamado sutileza.

'Hamnet', la cinta de Chloé Zhao que adapta la novela de Maggie O'Farrell (fotos de la derecha), recrea a Shakespeare como personaje. 'Shakespeare enamorado' (1998), 'Anonymous' (2011) y 'El último acto' (2018), son otras miradas

Tampoco abunda la sutileza en la discreta comedia española de Inés París *Miguel y William* (2017), que imagina un encuentro de los dos genios a partir de un enredo amoroso.

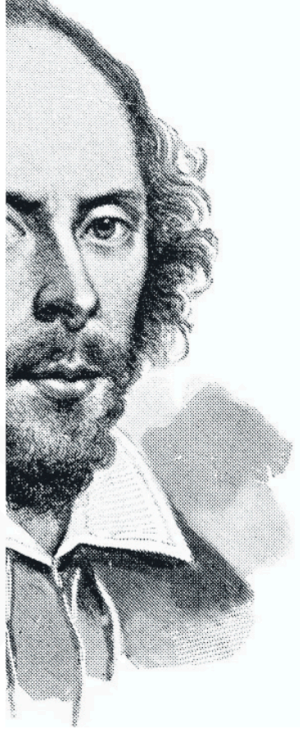
En la película de Branagh, Hamnet, el único hijo varón de Shakespeare, que murió siendo niño, tiene cierta relevancia en la trama (con una versión fantástica de las causas de su fallecimiento). Su muerte por la plaga de peste negra es el drama central de la novela *Hamnet* de Maggie O'Farrell, que ha coescrito el guion de la versión cinematográfica con la directora Chloé Zhao. Hay dos cambios sustanciales en la película con respecto al original literario: se da más protagonismo al dramaturgo y se opta por la narración lineal, dejando de lado los *flashbacks* de la novela.

De entrada, hay que emmarcar el libro de O'Farrell, cuya principal protagonista es Agnes (oficialmente conocida como Anne Hathaway), la esposa de Shakespeare, dentro de la corriente cultural que busca dar visibilidad a las figuras femeninas olvidadas, a la sombra de hombres famosos. El personaje de Agnes (a la que interpreta en pantalla una impresionante Jesse Buckley) tiene algo de hechicera, con una conexión espiritual con la naturaleza –el bosque, los halcones–, y eso marca el modo en que vive el duelo por la pérdida del hijo. Su esposo Will (Paul Mescal) sublimará su dolor a través de la creación artística, forjando al inmortal *Hamlet*.

La película consigue trasladar a la pantalla la potencia de la novela de O'Farrell gracias al estilo poético de Zhao –deudor de Terrence Malick–, a la preciosa fotografía del polaco Lukasz Zal (que ya demostró sus virtudes en *La zona de interés* de Jonathan Glazer) y a la envolvente banda sonora de Max Richter. Todos ellos se conjuntan para culminar en un conmovedor final en el que se reicita el célebrísimo monólogo.

La propuesta es muy estimulante como ficción, pero conviene dejar claros dos aspectos. En primer lugar, es importante no caer en el reduccionismo de convertir *Hamlet* o cualquier otra cumbre de la literatura universal en un mero ejercicio catártico y sanador, porque la creación artística es algo mucho más complejo. Y segundo, aunque en el pasado algunos estudiosos sugirieron el posible vínculo entre Hamnet y Hamlet, por la similitud de los nombres, establecer una conexión directa entre uno y otro es una pura fantasía literaria: entre el fallecimiento del hijo y la escritura de *Hamlet*, el dramaturgo creó varias obras, incluidas un par de comedias.

¿Algunos de estos Shakespeares cinematográficos se acerca al Shakespeare real? Acaso iluminan partes de su alma, pero solo son versiones ficticias del supremo creador de ficciones sobre un escenario. /



La vida turbulenta de Christopher Marlowe

M. B.

En *Shakespeare enamorado*, el dramaturgo, pillado en un lance amoroso con una dama por el futuro marido de esta –el conde de Wessex, miembro de la corte de Isabel I–, se hace pasar por su rival en el teatro. Christopher Marlowe, cuando poco después este es asesinado, el autor de *Hamlet* se siente culpable, porque cree que su engaño ha provocado que el celoso aristócrata haya ordenado que lo maten. Obviamente esta historia es por completo apócrifa, salvo por el hecho de que Marlowe fue en efecto asesinado cuando tenía solo veintinueve años. Y lo cierto es que en su corta vida hubo unas cuantas situaciones muy peliuleras.

A las turbias andanzas –y al notable legado literario– de este personaje dedica Stephen Greenblatt *El Renacimiento oscuro*

oscuro, una biografía que se lee alternativamente como una novela picaresca, de aventuras y de espías. Por cosas del gancho comercial, el libro lleva como subtítulo *La turbulenta vida del gran rival de Shakespeare*, sin mencionar por ningún lado en la cubierta al biógrafo. Christopher Marlowe, que no es precisamente un mundú de las letras británicas.

Greenblatt, profesor en Harvard y ganador de premios como el Pulitzer y el National Book, es un especialista en la cultura del renacimiento y el periodo isabelino, y es autor de otra recomendable biografía: *El espejo de un hombre*. Vida y obra de William Shakespeare (De Bolsillo). Su aproximación a Marlowe no contiene nuevos descubrimientos colosales sobre el personaje, pero lo contextualiza muy bien en la Inglaterra

isabelina (un periodo espeluznante, como queda claro en las impactantes primeras páginas, en las que retrata el Londres de la época y las diversiones que gustaban al populacho).

Leer una biografía de Marlowe implica tener clara una cosa: su vida está envuelta en una nebulosa y, por lo tanto, sujeta a más especulaciones que verdades. Ahora bien, hay especulaciones disparatadas y otras basadas en el estudio riguroso de los documentos y el planteamiento de hipótesis sensatas. Entre las primeras –a las que obviamente Greenblatt no da pábulo– está la formulada en los años cincuenta del siglo pasado por el crítico teatral Calvin Hoffman en el libro *The man who was Shakespeare*.

Según él, Marlowe no murió en su juventud en una reyerta, sino que sí lo su asesinato, huyó de Inglaterra y de-

pués regresó clandestinamente para escribir las obras atribuidas a Shakespeare.

Otra especulación –nunca verificada por completo, pero mucho más plausible– es que Marlowe, mientras estudiaba en Cambridge, fue captado como espía al servicio de la reina Isabel I por su consejero sir Francis Walsingham. Y que en sus presuntas misiones se hacía pasar por católico y acaso llegó a viajar a Reims, donde estaba el llamado English College, nido de conspiradores que apoyaban a María Estuardo.

Otras sospechas nunca del todo confirmadas son que mantuvo una relación homosexual con Thomas Walsingham, o que fue el jefe en el espionaje, y que, como lo cual en la época era un peccadillo, lo cual en la época era un peccadillo, lo cual en la época era un peccadillo, lo cual en la época era un peccadillo. Según denunció a las auto-

ridades Thomas Kyd, dramaturgo rival, blasfemaba.

De lo que sí tenemos la certeza absoluta es que fue asesinado el 30 de mayo de 1593, cuando en una pelea le clavaron su propia daga en un ojo y la hundieron hasta atravesarle el cerebro. Los hechos son los siguientes: Marlowe, en malas compañías –dos estafadores y un soplón–, se pasó el día en la casa de una viuda que servía comidas. Comieron, bebieron y cenaron. Cuando llegó el momento de pagar la cuenta, hubo diferencia de opiniones entre los comensales. El dramaturgo, ebrio, sacó su daga, hubo una pelea y acabó muerto.

Estos son los hechos, pero a partir de ellos surgen las especulaciones: ¿fue víctima de una sordida pelea de borrachos de baja estofa o de una conspiración? ¿El detalle de que la reina perdo-

nara a su asesino podría dar pistas sobre una conjura palaciega?

Sin embargo, quedarse en el anecdotario de su agitada y breve vida sería un craso error, porque si seguimos hablando y especulando sobre Marlowe es por la relevancia de las obras que dejó: diversos poemas y sobre todo seis tragedias, dos de ellas especialmente notables: *Ricardo II* y *Fausto*. Como Greenblatt es un estudioso serio y no un autor de true crime histórico de baratillo, dedica mucha atención al legado literario. Marlowe es una figura clave en el desarrollo del teatro isabelino, por su uso del pentámetro yámbico. No fue el primero en utilizar esta versificación, pero sí el que le dio verdadero vuelo literario y allanó el camino a Shakespeare, que la llevó a sus más excelsas cimas en sus dramas y comedias. /



Stephen Greenblatt
El Renacimiento oscuro
Traducción de Yolanda Fontal
Crítica
408 páginas
21,75 euros

Christopher Marlowe, otra gran figura de las letras inglesas